

**Antoni
Puigverd**



El alimento de la antipatía

Pensaba escribir sobre la que nos espera: está llegando al clímax el diálogo de sordos entre la Catalunya que Puigdemont conduce sí o sí al referéndum y la España de Rajoy que sólo apela a jueces y guardias civiles. Pero, como el niño que no quiere salir de la piscina, a pesar de la fatalidad incorregible de los hechos, me niego a salir de la novela que estoy leyendo: *A contraluz*, de Rachel Cusck (Libros del Asteroide), narración muy singular, de una feminidad metálica, maravillosamente traducida por Marta Alcaraz.

La protagonista es una escritora inglesa que llega a Atenas, en pleno verano, para participar en un curso de escritura. El tejido de la novela no son sus anécdotas griegas, anodinas, sino las conversaciones que mantiene por azar o necesidad. Un hombre que ha conocido en el avión la invita a darse un baño en una cala desierta. Fondean cerca de otra embarcación ocupada por una familia con un niño muy llorón. Los llantos resuenan por la cala vacía: mientras el acompañante se enrolla sobre su infancia, ella evoca el conflicto de sus hijos.

Cuesta creerlo, pero es así: el mejor alimento de la antipatía ha sido la palabra

Cuando eran unos críos –recuerda– crearon un mundo de fantasía que los unía radicalmente. Se referían a sus juegos de una manera que sólo ellos dos entendían. Un día, sin embargo, uno abandonó la creencia y, a partir de entonces, los dos hermanos pelearon ferozmente como perro y gato. Cualquier detalle, importante o trivial, los calentaba. Cualquier salida de tono los sacaba de quicio. Llegaron a partirse la cara. “Mis hijos luchaban por liberarse el uno del otro, pero lo último que podían hacer es dejarse en paz mutuamente”.

La madre intentaba terciar y, al mismo tiempo, con el fin de impartir justicia, en cada nuevo episodio conflictivo, intentaba aclarar quién era el culpable. Pero esto todavía complicaba más la relación. “Lo que cada uno quería, más que ninguna otra cosa, era que le dieran la razón y se la quitaran al otro, pero adjudicarle toda la culpa a uno de los dos era imposible. Y al final acabé dándome cuenta de que la resolución no llegaría, no mientras el propósito fuera el de dilucidar la verdad, pues ya no existía una única verdad. Ya ni siquiera había una verdad compartida”.

Leyendo este pasaje, inevitablemente he regresado a nuestro conflicto. La pelea de estos niños de novela coincide extrañamente con el pleito que enfrenta desde hace años a Catalunya y España: ni siquiera existe un relato compartido de lo que está ocurriendo. Como hacen esos niños con su madre, cada parte reclama a los observadores distantes que se sumen a su bando, puesto que la culpa, toda la culpa, es del otro. Una tercera coincidencia: incluso los que, como la madre de la novela, luchábamos para rebajar el conflicto, hemos contribuido a agrandararlo. “Lo más asombroso es la cantidad de detalles de los que el odio hace acopio para no dejar nada indemne”. Cuesta creerlo, pero es así: el mejor alimento de la antipatía ha sido la palabra.